



La Trama de la Comunicación

ISSN: 1668-5628

latramaunr@gmail.com

Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Colacrai, Pablo

Michel Foucault: El suicidio del autor

La Trama de la Comunicación, vol. 10, 2005, pp. 1-4

Universidad Nacional de Rosario

Rosario, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=323927060025>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Michel Foucault: El suicidio del autor

Por Pablo Colacrai.

Ayudante Alumno de la Cátedra Perspectivas Sociofilosóficas

Trabajo presentado a la Cátedra en el examen de Ayudante Alumno

Sumario

El artículo comienza trazando un paralelo entre el cuento de Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, y la posición que adopta Michel Foucault en torno a la problemática del autor. Se intenta exemplificar, a través de la ficción y la exageración propias del cuento, las consecuencias que puede acarrear leer la obra a través del nombre de su autor. Luego, se demuestra la importancia de esta distinción dentro del pensamiento Foucaultiano. El autor es una construcción, así como la obra y el texto, y dentro de una metodología (arqueología) que intenta colegir sistemas de pensamiento, posibilidad de aparición de enunciados, en fin, *episteme*; enarbolar la figura del autor no hace más que entorpecer y obstaculizar la tarea.

Palabras Claves: Muerte del autor – Episteme – Enunciados – Obra – Texto - Discursos

Summary

The article draws a parallel between Borges's work “Pierre Menard, autor del Quijote”, and Michel Foucault's theoretical discussion about the issue of the author. The idea is to illustrate through fiction and the literary exaggeration of this particular story, the consequences of reading a work on behalf of its author. Then, the article shows the importance of this subject has in Michel Foucault's thought. Both, the author and the work as well as the text itself, constitute a construction within a methodology (archaeology) which intends to grasp systems or ways of thinking, the possibility for certain enunciations to emerge, that is to say the *episteme*. In this sense, emphasizing the figure of the author is considered not only misleading but also an obstacle to this task.

Key Words: Author's death - Episteme - Statements - Work - Text - Discourse

Borges en el año 1939 imaginó la historia de un escritor (Pierre Menard) que emprende una empresa absurda: rescribir *El Quijote*. Pero Pierre Menard “No quería componer otro *Quijote* –lo cual es fácil- sino el *Quijote*. (...) Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran –palabra por palabra y línea por línea- con las de Miguel de Cervantes.”¹

Después de distintas disquisiciones literarias Borges transcribe un fragmento del noveno capítulo de la segunda parte del *Quijote* y lo coteja con el escrito por Pierre Menard. Luego los analiza y arriba a la siguiente conclusión: “*El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico.*”² Y continua audaz: “*También es vívido el contraste de los estilos. El estilo arcaizante de Menard –extranjero al fin- adolece de alguna afectación. No así el del precursor, que maneja con desenfado el español corriente de su época.*”³

El Ingenioso Hidalgo era a la vez contemporáneo y antiguo; de un claro manierismo extranjerizante y preso del mayor desenfado del uso vernáculo del idioma. En el mismo texto, en las mismas palabras ubicadas en el mismo orden, podían leerse libros totalmente distintos. En uno podía pensarse la historia de una época que sucumbía; en el otro, un extraño placer por escribir acerca de cosas muertas.

“*Componer el Quijote a principios del siglo diecisiete era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del veinte, es casi imposible. No en vano han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Quijote.*”⁴ Este fragmento demuestra el inmenso logro de Menard y a la vez corona la ironía borgiana, el verdadero mérito de Menard era lograr lo imposible, escribir una obra fuera de su tiempo; escribir un libro más allá de la realidad que lo rodea y lo afecta, de los otros libros ya escritos, de la infinidad de enunciados que ya han circulado entre un ejemplar y otro.

Me propongo ahora pensar esta sátira en relación con la función del autor en la obra de Michel Foucault. Para ello partiré del prólogo de la segunda edición de “Historia de la locura en la época clásica”.

En ese texto Foucault se niega a realizar un nuevo prólogo para la nueva edición del libro y para justificarse sostiene que el prólogo es el “*primer acto por donde empieza a establecerse la monarquía del autor*”⁵. Afirma que desea que su libro “*no sea más que las frases de las que está echo; que no se desdoble en el prólogo, ese primer simulacro de sí mismo, que pretende imponer su ley a todos los que, en el futuro, podrían formarse a partir de ella.*”⁶

Foucault brega entonces por la independencia del libro de su autor. En el texto “*¿Qué es un autor?*”, dice lo siguiente: “*Podemos imaginar fácilmente una cultura donde el discurso circulase sin necesidad alguna de su autor. Los discursos (...) se desarrollarían en un generalizado anonimato. (...) No más repeticiones agotadoras. ¿Quién es el verdadero autor? ¿Qué ha revelado de su más profundo ser a través de su lenguaje?*”. Nuevas preguntas serán escuchadas: “*¿Cuáles son los modos de existencia de este discurso? ¿De dónde proviene? ¿Quién lo controla?*” Detrás de todas estas preguntas escucharíamos poco más que el murmullo de indiferencia: “*¿Qué importa quién está hablando?*”⁷

¿Cómo no establecer paralelos entre el juego que nos proponía al principio Borges y los conceptos que sostiene Foucault?. Es, creo entender, Pierre Menard, el paroxismo de lo que Foucault critica y pretende evitar. Aquellos textos, iguales en su totalidad, que se diferencian únicamente al ser leídos a la luz (o a la sombra) del nombre de su autor, son la parábola perfecta del autoritarismo del autor. El mismo párrafo puede resultar predecible si quien lo firma es Cervantes y brillante en la pluma de Menard. El autor actúa directamente sobre la obra, convirtiéndola en su posesión y en su extensión; obturando así una infinidad de interpretaciones.

Pero existe aun otro punto de confluencia más profundo y más interesante; la relación que existe entre todo enunciado (en este caso *El Quijote*) y la episteme en la que surgió. Es necesario entonces definir *episteme* antes de continuar. En “*Las Palabras y las cosas*” Foucault afirma que una *episteme* es el enrejado simbólico que nos permite percibir la realidad, esta trama es temporo-espacial y es la base que sostiene todo lo que es posible de ser pensado en cada coyuntura. “*En una cultura y en un momento dados, sólo hay siempre una episteme, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste en la teoría o quede silenciosamente investida en la práctica.*”⁸ En otras palabras, la *episteme* es el fondo de posibilidad sobre el cual todos los enunciados se producen.

Pero este concepto es difícil de asir y arduo de analizar. En la introducción de “La arqueología del Saber”, y luego en todo el desarrollo del libro, Foucault intenta esbozar cuales serían los métodos para poder colegir esta *episteme*, para sacarla de las sombras, hurtarla al anonimato y al silencio. Foucault entiende que, como primer paso, deben demolerse los edificios teóricos que aglutan los discursos, que les marcan una línea de continuidad, que les otorgan una pertenencia. A través de la historia se han creado diferentes conceptos homogeneizadores de discursos. Para lograr analizar los enunciados en su verdadera dimensión, es decir, en la particularidad del momento en el que fueron dichos, debe lucharse versus esas prácticas globalizadoras. Cuatro nociones deben ser destruidas: La tradición, la influencia, el desarrollo (o evolución) y la mentalidad (o espíritu)⁹. En estas dos últimas existe una clara alusión a Darwin y Hegel, respectivamente. Y luego afirma: “Es preciso desalojar esas formas y esas fuerzas oscuras por las que se tiene costumbre de ligar entre sí los discursos de los hombres”.¹⁰ Más adelante dice que lo primero que hay que “poner es suspenso” son aquellas que se presentan más inmediatamente, más naturales, más incuestionables: el libro y la obra.

Estos dos conceptos, que a simple vista son transparentes e inobjetables, Foucault demuestra que son construcciones arbitrarias; dice del libro: “más allá del título, de las primeras líneas y del punto final,...) está envuelto en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, de otras frases, como un nudo en una red”¹¹

La obra tampoco es un concepto inocente, subyacen en ella oscuras decisiones difíciles de explicar o exteriorizar ¿cómo determinar los límites de la obra de un autor? ¿Por qué no pensar que todo lo que alguien escribió es parte de su obra, hasta las notas para el supermercado? ¿Por qué agregar en la obra textos de los que el autor mismo reniega o corrige? La obra también es un mecanismo para aglutinar enunciados, para hacerlos aparecer en el universo de los enunciados con una identidad, con un nombre. Señala Foucault: “Es una suma de textos que pueden ser denotados bajo el signo de un nombre propio.”¹²

Llegamos así a otra construcción que es la que nos interesa, sobre la que nos hablaba Borges al inicio: el autor. El autor también significará una construcción y no algo dado. El autor será un imán al cual se le adhieren los enunciados que genera, que emite, pero su verdadera personalidad, su verdadero ser, no se muestra en esos enunciados. En los discursos no se expone ni revela una verdad última, íntima, secreta; él es tan sólo “aquel al que le toco producir”¹³ tal o cual enunciado. La autoridad que el autor imprime en su obra no hace más que ocultar y opacar los mecanismos de poder, de sujeción, de posibilidad de aparición que los enunciados poseen. El edificio del autor nos oculta el fondo de posibilidad en el que se desarrolló su obra y es por eso que es necesario demolerlo.

“En el análisis que se propone aquí” dice Foucault en Arqueología del saber, “las reglas de formación tienen su lugar no en la “mentalidad” o la conciencia de los individuos, sino en el discurso mismo; se imponen, por consiguiente, según una especie de anonimato uniforme, a todos los individuos que se proponen hablar en ese campo discursivo”.¹⁴ Y más adelante “El análisis de los enunciados se efectúa sin referencia a un cígito, no plantea el “quien habla”. Se sitúa al nivel del “se dice”. “No importa quien habla” sino desde donde dice lo que dice. El que habla está enredado necesariamente en una exterioridad”¹⁵

Nos encontramos entonces con discursos circulando anónimamente, palabras sin dueño, libros sin autor. Un universo de enunciados que hablan por sí mismos, un sinfín de relaciones posibles que se abren, un gigantesco laberinto de textos que no tiene fin ni principio, “ni externo muro ni secreto centro”.¹⁶ El desafío es volver a intentar unirlos pero con otros ojos, con otros lentes¹⁷. Reconstruir la historia de las condiciones de posibilidad de cada enunciado, rastrear en los más oscuros rincones las fuerzas que dieron lugar a su aparición, que pujaron por imponerlos como verdad. Restaurar la *episteme* que los vio nacer, que los gestó. Pero para poder lograrlo es necesario quitar los velos que tradicionalmente se han impuesto, renunciar a las explicaciones fáciles, hurgar siempre un poco más allá, encontrar las discontinuidades allí donde todo aparenta ser continuidad, destruir el yo que investiga, el yo que escribe, el yo que lee. Rehuir de las interpretaciones clásicas, basta de tradicionalismo, de desarrollo, de espíritu. La arqueología interpelará todos estos valores, les mostrara lo absurdo de pretender unidad donde es patente la fractura, lo inocente de pensar que los significados permanecen fieles a sus significantes a través de los tiempos.

Pero para poder pensar la *episteme* debe sacrificarse lo más querido, lo más amado: uno mismo. La sangre que se derrama para ver corporizada a la *episteme* es la propia. Por que no se puede ser dueño de su propia obra y pretender que otros no lo sean; y eso Foucault lo sabía mejor que nadie, el precio de imponer su pensamiento es él mismo, su propio cuerpo, su propio nombre. Así entonces no es ni inocente ni dadivoso al

renunciar a escribir un nuevo prólogo o al decir en la introducción de *La Arqueología del Saber*: “*Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quien soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir.*”¹⁸

Si Foucault pretendía perder su rostro es porque quería dejar su filosofía, si quería desaparecer como autor es porque confiaba en la inmortalidad de su obra, en la fuerza de sus palabras. El pensador que mató al hombre, al autor, al libro y a la obra sabía que no había manera de sobrevivir a sus propios pensamientos y por esto eligió que ellos sean los que perduraran.

Una vez que el autor pierda su trono, cuando ya no reine sobre la obra y se hayan roto las cadenas; habremos podido conjurar lo particular de cada acontecimiento, con sus continuidades y sus fracturas. Recién entonces avizoraremos el enrejado epistemológico que da sustento a cada suceso y, seguramente, acordaremos con Borges que escribir el Quijote en el Siglo XX es tan improbable como la existencia de un jardín en el que sus senderos se bifurquen hasta el infinito, o de la inverosímil y laberíntica *Biblioteca de Babel*.

Notas.

1. BORGES, Jorge L. “*Pierre Menard, autor del Quijote*” en *Ficciones*, Emece. Bs. As. 1956. p.39
2. BORGES, Jorge L. Op. Cit. p. 44
3. BORGES, Jorge L. Op. Cit p. 45
4. BORGES, Jorge L. Op. Cit p. 42
5. FOUCAULT, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica. Bs. As. 1988
6. FOUCAULT, Michel. Op. Cit
7. FOUCAULT, Michel. “*¿Qué es un autor?*” en *Critical Theory*, Florida State UP. Tallahassee. 1966
8. FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. México. 2001. p. 166
9. FOUCAULT, Michel. *La arqueología del Saber*, Siglo XXI. Bs. As. 2002. p. 34
10. FOUCAULT, Michel. Op. Cit. p. 35
11. Ibidem p. 37
12. Ibidem p. 39
13. FOUCAULT, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica. Bs. As. 1988
14. FOUCAULT, Michel. *La arqueología del Saber*, Siglo XXI. Bs. As. 2002. p. 102
15. FOUCAULT, Michel. Op. Cit. p. 107
16. BORGES, Jorge L. “*Laberinto*” en *Elogio de la Sombra*. Laberinto. Emecé. Bs. As. 1969
17. “Tratad mi libro como un par de lentes dirigidos hacia el exterior, y bien, si no os sirven tomad otros, encontrad vosotros mismos vuestro aparato que es necesariamente un aparato de combate” Poust citado por Michel Foucault en “*Los intelectuales y el poder*” en *Microfísica del Poder*. La Piqueta. Madrid. 1992
18. FOUCAULT, Michel. *Arqueología del Saber*, Siglo XXI. Bs. As. 2002. p. 29

Registro Bibliográfico:

COLACRAI, Pablo

“Michel Foucault: El suicidio del autor”, en *La Trama de la Comunicación* Vol. 10, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2005.